

Los Discípulos - Parte 2: En tierras Ignotas -

Víctor Mestre Pérez



Los discípulos

Capítulo 1

- Parte 2: En tierras Ignotas -

Dos figuras corrían ladera arriba, jadeantes y cansadas. Al llegar a lo más alto, una de las dos figuras, de grandes cejas y barba poblada, indicó a la otra que se detuviera. Alzaron la vista y contemplaron el firmamento. La noche se extendía ante ellos, allá donde mirasen. Vieron estrellas lejanas y desconocidas brillando con intensidad; gigantes gaseosos moviéndose lenta pero ininterrumpidamente; cúmulos de agujeros negros devorando galaxias cercanas; y un halo de luz extraña, difusa y de color morado, flotando en los confines del cielo estrellado. Una luz, que parecía palpar.

-Gran maestro Theophilus, ¿reconoce alguna constelación? -preguntó la figura más baja y que tenía una mata de pelo oscuro y un frondoso bigote.

Theophilus, sin dejar de mirar el cielo nocturno, dijo.

-No, no reconozco alguna, hermano Irwing. Desde esta posición no. Quizá deberíamos...

-¿iCómo que desde esta posición no reconoces ninguna constelación!? -preguntó Irwing, desesperado-. ¡Pero si esta es la cuarta cima que hemos subido para otear el cielo estrellado!

-Bueno, sí, pero...

-Reconózcalo, no sabe donde estamos. ¿Verdad?

Theophilus se rascó la cabeza pensativo y dijo.

-Sé que no estamos en Massachusets, eso es seguro.

-Entonces ¿Dónde estamos?

-En otro mundo que no es el nuestro.

-¿En otro...?

<<CRACK-CLACK>>

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Irwing alarmado.

<<CRACK-CLACK-CRACK-CLACK>>

-¡Los seguidores de Símbolo Arcano nos están disparando! -gritó Theophilus-. ¡Al suelo!

El gran maestro agarró al hermano Irwing de la pechera y tiró de este. Una bala pasó a escasos centímetros por encima de su cabeza. Arrastrándose con dificultad por el suelo de piedras, alcanzaron una roca y se agazaparon tras esta. Theophilus se acercó a una esquina y echó un vistazo.

-¿Pero cómo es posible que estemos en otro planeta? -preguntó Irwing mientras tiraba de la túnica del gran maestro-. ¿Cómo es posible?

-¿Que cómo es posibles? -preguntó Theophilus, malhumorado-. Quizás tenga algo que ver el hecho de que los ingredientes requeridos para el ritual estuvieran pasados; que el pentagrama no fuese el indicado o estuviera mal dibujado; que la reliquia necesaria estuviera rota; o que la sangre de virgen fuera sustituida por la de un zopenco de dos metros más tonto que un botijo. ¿No creé que todo eso haya podido influir negativamente, hermano Irwing?

Otra bala pasó zumbando sobre sus cabezas.

-¿Y qué hacemos ahora?

-¡Por lo pronto, intentar deshacernos de los seguidores del Símbolo Arcano!

-¿Y cómo hacemos eso?

-No lo sé. Pero hasta que se me ocurra algo, lo mejor que podemos hacer es... ¡Correr!

Theophilus agarró del brazo a Irwing y le obligó a ponerse de pie. En cuanto se incorporaron y dieron unas pocas zancadas, el suelo se deshizo bajo sus pies y resbalaron por el otro lado de la ladera. Rodaron y se golpearon contra las rocas irregulares, rasgando sus túnicas y cubriendo su cuerpo de arañazos. Cuando llegaron abajo, se encontraron sobre terreno de arenilla y, frente a ellos, un laberinto de rocas grises, puntiagudas, deformadas y retorcidas.

-¡Menuda caída! -dijo Irwing, dolorido, mientras se incorporaba con lentitud. Se volvió hacia el gran maestro y preguntó-. ¿Se encuentra bien?

-No... creo que me he torcido el tobillo.

Las balas volvieron a sonar. Irwing alzó la vista y vio a los seguidores del

Símbolo Arcano en lo alto de la ladera y disparando contra ellos.

-¡No te atrevas a abandonarme! -gritó Theophilus-. ¡Soy el gran maestro del Culto de Osgard y te ordeno que me ayudes a...!

-¡Sí, sí, sí! -dijo Irwing-. ¡Ya mismo!

Irwing le tendió una mano al gran maestro y este la agarró. En cuanto se puso en pie, Irwing se pasó el brazo de Theophilus por encima del hombro y, con lentitud pero a paso firme, le ayudó a caminar. Los dos se dirigieron hacia el laberinto de rocas puntiagudas, mientras los seguidores del Símbolo Arcano descendían la ladera. Rocas bastas, afiladas y deformes se alzaban hacia el cielo estrellado. Descendieron un terraplén y cruzaron por debajo de un arco de roca. Irwing decidió cargar con Theophilus sobre sus hombros y, sin mirar atrás, corrió lo más rápido que pudo.

<<CRACK-CLACK>>

-¡Nos están alcanzando! -gritó el gran Maestro-. ¡Date prisa, zopenco!

-¡Eso intento! -se excusó Irwing entre jadeos.

Rodearon una roca y se ocultaron en la hendidura que había en el otro lado. Varios hombres del Símbolo Arcano pasaron corriendo junto a la roca sin que se dieran cuenta de su presencia. Uno de ellos, el último por la cola, levantó una nube de polvo cuando pasó por delante de Theophilus e Irwing.

-¡Achis! -estornudó Irwing.

El hombre que levantó la nube de polvo se volvió y vio a Theophilus y a Irwing ocultos en la hendidura de la roca.

-¡Están aquí! -dijo el seguidor del Símbolo Arcano al mismo tiempo que tomaba el rifle para dispararles. Irwing se abalanzó sobre él, agarró el rifle y los dos forcejearon. El arma se disparó varias veces y las esquirlas de las rocas saltaron por los aires. Irwing empujó con fuerza el rifle y la culata golpeó el rostro del seguidor del Símbolo Arcano. El hombre, cayó desmayado.

-¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! ¡Ayúdame a incorporarme! -ordenó Theophilus.

Irwing, sin soltar el rifle, ayudó al gran maestro a incorporarse y volvió a poner su brazo sobre su hombro.

-¡Con el follón que hemos montado seguro que nos han oído! -exclamó Irwing-. ¿Hacia dónde vamos?

Un par de seguidores del Símbolo Arcano aparecieron tras una roca dentada con las armas levantadas.

-¡Allí están! ¡Qué no escapen!

Las balas volvieron a volar en dirección a Theophilus e Irwing.

-¡Vámonos! -exclamó el gran maestro-. ¡Salgamos de aquí!

Irwing cargó con Theophilus a la vez que intentaban esquivar las balas. Se cubrieron tras una roca con forma de espiral, para acto seguido saltar tras una plana y partida. Irwing intentó asomar la cabeza por un lateral pero una bala impactó contra el parapeto de roca. A ciegas, disparó varias veces con el rifle e inmediatamente salieron del parapeto.

Los dos corrieron por el laberinto de rocas hasta llegar a una bajada de piedra. Descendieron los escalones de piedra de dos en dos y al llegar abajo se encontraron con una hondonada. Irwing tropezó con un desnivel y los dos cayeron de bruces. Cuando se dieron la vuelta e intentaron incorporarse, vieron a los seguidores del Símbolo Arcano descendiendo los escalones de piedra y accediendo a la hondonada.

-¡Ya os tenemos! -dijo uno mientras los apuntaba con el rifle.

-¡Mándale recuerdos a Cthulhu de nuestra parte, bastardo! -dijo otro, que estaba al lado del primero y que los apuntaba con un revólver.

Irwing miró angustiado el rifle que yacía en el suelo.

<<Está demasiado lejos>>, pensó.

-¡Gran maestro, haga algo! -gritó Irwing a Theophilus.

En ese momento un fuerte estruendo sonó a su alrededor y el suelo de roca se quebró bajo los pies de los seguidores del Símbolo Arcano. De la grieta salió una masa de tentáculos negros que agarraron las armas que apuntaban en dirección a Theophilus e Irwing. Los hombres forcejearon y lucharon contra la masa viscosa y reptante, sin que tuvieran posibilidad alguna de salvación. Los tentáculos se enroscaron entorno a ellos y las ventosas se clavaron en sus rostros. Entre gritos aterrorizados, los seguidores del Símbolo Arcano fueron arrastrados a las profundidades del abismo que surgió bajo sus pies.

Irwing, impactado por lo que acaba de contemplar, se volvió hacia

Theophilus y preguntó.

-¿Lo-lo ha he-hecho usted?

-¿Que si lo he hecho yo? Eh... esto... ¡Pues claro que sí, mendrugo!
¿Cómo te atreves a dudar de mis poderes?

-¡Lo siento gran maestro! ¡No volveré a dudar de...!

-¡Déjate de excusas y ayúdame a incorporarme!

Irwing volvió a recoger a Theophilus y los dos dejaron atrás la grieta que se había abierto en el suelo. Al cabo de un rato de caminata, salieron de la hondonada y se internaron por un sendero zigzagueante, rodeados por columnas de piedras retorcidas.

-Pero, gran maestro, ¿cómo lo ha hecho? -volvió a insistir Irwing-. Si tuvo antes la oportunidad de lanzar ese hechizo, maldición, invocación o lo que sea, ¿por qué no lo hizo antes?

-No era el momento adecuado, no estaba preparado para ello...

-¿Quiere decir que debía concentrarse, canalizar las fuerzas de nuestro señor sumergido Cthulhu para...?

-Eh... sí, eso. Más o menos...

-¡Aja! Y si es así, ¿Por qué...?

-¡Basta de preguntas! -gritó Theophilus-. ¡¿Desde cuándo un gran maestro debe someterse a tales aclaraciones?!

-¡Sí, gran maestro! -asintió Irwing avergonzado-. ¡Tiene razón!

Tras un rato caminando en silencio, el sendero de piedra los llevó a un gran espacio de terreno abierto, dejando atrás el laberinto de rocas. Contemplaron la gran extensión de tierra yerma, que alcanzaba hasta el horizonte, y las estrellas ignotas colgando en el cielo nocturno.

-Mierda... este paisaje es desolador -murmuró Irwing, cabizbajo.

-¿Con que tú fuiste quien te ocupaste de los seguidores del Símbolo Arcano? ¿Con que tú fuiste quien invocaste a esas criaturas, verdad? -dijo una voz gutural.

Irwing y Theophilus se volvieron. Un figura, apoyada contra una roca grisácea y con los brazos cruzados, los contemplaba con curiosidad. Llevaba una túnica de lino de color hueso, un colgante de plata brillaba

sobre su pecho y una corona nemes descansaba sobre su cabeza. Sin embargo, no se percataron de nada de esto, ya que su terrorífico rostro era lo único que llamaba su atención. Un rostro vacío y sin forma.

-¡Nyarlathep! -dijo Theophilus, sorprendido.

-Sí, ese soy yo. Y yo he sido quien ha decidido salvaros la vida -dijo el hombre sin rostro. La voz sonaba como de algún lugar remoto y lejano.

-¡Nos honras con tu...! -empezó a decir el gran maestro.

-Y tú, Theophilus, te has atribuido un poder que no te pertenece -le interrumpió Nyarlathep.

-Yo, mi señor, no era mi intención... -Theophilus alzó los brazos y, con las manos abiertas, intentó disculparse. Irwing contempló la cara del gran maestro, roto de miedo.

-No, claro que no era tu intención, Theophilus. Tranquilo, ya ha pasado. Está todo perdonado -dijo Nyarlathep. Alzó las dos manos y una espiral de humo negro brotó de sus dedos y voló hacia Theophilus. El humo envolvió al gran maestro y su piel se cuarteó, se agrietó y se ennegreció. Convertido en ceniza, el cuerpo del gran maestro se descompuso y cayó sobre el suelo de roca. Irwing saltó a un lado, acongojado por lo que había contemplado. Sin dejar de mirar el no-rostro de Nyarlathep, retrocedió unos pasos, pero tropezó y cayó al suelo.

-¡No me mates, por favor, no lo hagas! -suplicó Irwing.

-¿Que no lo haga?

-¡No, por favor no, no lo hagas! ¡Pertenece al Culto de Osgard! ¡Adoramos a nuestro señor, Cthulhu! ¡Nuestras almas están a su disposición! ¡Le servimos a él y por tanto a ti!

-¿Que le servís a él? -preguntó Nyarlathep con tono jocoso-. Tampoco se puede decir que le hayáis servido muy bien, ¿no te parece?

-¡Lo hacemos lo mejor que podemos, mi señor! -dijo Irwing, lastimero.

-Eso no es mucho.

-Por favor, no me mates, no lo hagas...

Nyarlathep caminó hacia Irwing y este se cubrió con los brazos, intentando protegerse. Pero no ocurrió nada. Al bajarlos, Irwing se dio cuenta de que Nyarlathep había pasado de largo. Se medio incorporó y,

al volverse, lo contempló de pie, esperando, expectante.

-Por lo menos, tú no eres tan arrogante como tu maestro, Theophilus. Tú, gusano, sabes cuál es tu lugar -dijo Nyarlathotep-. Ven, acompáñame.

Irwing, aliviado, asintió con la cabeza y se incorporó. Corrió hasta Nyarlathotep y los dos caminaron juntos por la gran extensión de tierra yerma.

-Te propongo un trato -dijo Nyarlathotep-. Juras servirme hasta el fin de los tiempos, hasta que se inicie la batalla final entre los Dioses Exteriores y los Dioses Arquetípicos (o hasta que tu cuerpo se convierta en pasto de los gusanos, lo que antes ocurra) y yo te saco de este desolador y triste lugar y te devuelvo a tu mundo. ¿Qué te parece?

-Me da a mí que no tengo muchas alternativas, ¿verdad?

-No, no las tienes.

-En ese caso, juro servirte hasta el fin de los tiempos y... bueno, todo lo demás.

-Perfecto.

-¿Vas... a devolverme ya a mi mundo? ¿Vas a devolverme a la tierra?

-Por supuesto. Tienes una misión que cumplir.

-¿Una misión?

-Sí, tu primera misión. Has jurado servirme ¿Lo recuerdas?

-Sí, sí, lo recuerdo... ¿Qué he de hacer?

Nyarlathotep alzó la mano izquierda y dibujó un círculo en el aire. Frente a ellos, la realidad se desgarró y un agujero de luz azulada apareció ante ellos. Nyarlathotep se llevó la otra mano detrás de la cintura y acto seguido sacó una mochila de piel. Se la tendió a Irwing y este la tomó.

-Debes traerme el libro Eibon.

-¿Un libro? ¿Cuál es su contenido?

-Hechizos, sortilegios, maleficios, rituales... ese tipo de cosas.

-Entendido. ¿Es parecido al Necronomicón?

-Sí... parecido.

-Aja.

-¿Lo conoces?

-¿Si lo conozco? Sí, bueno... sé que contiene, sí, aunque nunca lo haya tenido en mis manos.

-Debes entrar en las tumbas de Shaiyb al-Banat. Allí encontrarás el libro Eibon.

-¿Tumbas de Shaiyb al-Banat? -preguntó Irwing, intrigado-. ¿Dónde están?

-En Egipto.

-¿En Egipto? Un momento. ¿Has dicho tumbas? Las tumbas usualmente están en el interior de las pirámides. Y no recuerdo que haya ninguna pirámide que tenga ese nombre.

-No es una pirámide. Es una montaña.

-¿Una montaña?

-En la mochila que te he entregado está todo lo necesario para que lleves a cabo tu misión.

Irwing, sin decir nada, contempló por un instante la mochila que tenía en la mano y luego miró a Nyarlathotep.

-Tienes cosas que hacer -dijo Nyarlathotep-. Vuelve con el libro.

-Sí, mi señor. ¿Ninguna advertencia sobre los peligros que haré frente, ni un "ve con cuidado"?

-Mientras regreses con el libro, lo demás no importa.

-Ya, vale. Entendido. Nos vemos.

Irwing caminó hacia el portal. Antes de cruzarlo, murmuró en voz baja.

-A buenas horas me metí en este estúpido culto. Maldita mi suerte.

- Continuará -